

CAPITULO XXV

LA CAIDA DE OAXACA

MIENTRAS que pasaban estas y otras muchas cosas en México, veámos cual aspecto había tomado la situación por el rumbo de Oaxaca desde que dejamos á nuestro amigo Ernesto Dominguez al lado del capitán Morales, como su primer protector accidental al ponerse nuevamente en campaña.

Después de haber dormido bien toda la noche los dos viajeros, á las cuatro de la mañana los despertó el ruido de la tropa de caballería alojada allí cerca que estaba alistándose para la marcha, ambos dieron un salto en sus camas casi á la vez, se vistieron rápidamente y fueron también á recoger sus caballos en la caballeriza, los que por su parte se habían repuesto con la buena cena de las fatigas anteriores, encontrándose listos para la nueva caminata. Casi se les conoció el gusto cuando relincharon al ver que los dos militares acercaban las sillas y los frenos correspondientes.

Cuando Morales vino á tocar á la puerta de la ca-

sa del alcalde, ya este salió acompañado de los dos jóvenes con sus caballos estirando.

Dieron las gracias á la autoridad en los términos propios de las personas bien educadas y se pusieron á las órdenes del capitán Morales.

—Mi gente está lista, les dijo este, de modo que nos iremos á desayunar á Oaxaca.

Y poniéndose los tres amigos á la cabeza del piquete, que llevaba unos veinte hombres en cuerda para el ejército, salieron del pueblo conversando con toda la jovialidad que ya les conocemos.

Morales les dijo:

—Yo salí hace ocho días de Oaxaca á desempeñar algunas comisiones del servicio y entre ellas la de reunir gente y recoger lo recaudado en las oficinas de rentas. Hombres ya hay pocos y dinero no encontré ninguno en los pueblos y lugares que recorrí: quizás los que han salido para otros rumbos hayan sido más afortunados.

—¿De modo que hay escasez de soldados y de recursos? preguntó Ernesto.

—De las dos cosas, pero no de ánimo y de resolución para combatir. Ignoro lo que haya pasado en estos ocho días últimos. Antes de que yo saliera se sabía que iba avanzando una columna respetable de franceses, que hace como mes y medio salió de Tehuacán, de modo que á estas horas ya debe estar en Etila ó quizás más cerca si no se le ha opuesto un obstáculo serio en el camino.

Ernesto y Ramón se miraron llenos de júbilo, exclamando el segundo:

—¡Qué dicha si se nos presenta pronto la oportu-

nidad de vengarnos un poco en estos de las iniquidades que los otros cometieron con nosotros!

—¿Y se encontrará el general Diaz en Oaxaca? preguntó Ernesto.

—Debe haber salido á observar de cerca los movimientos del enemigo; pero de todos modos encontrarán ustedes á su hermano Don Felix que casi es la misma persona.

—Nosotros deseáramos presentarnos al mismo general, y si no está en Oaxaca seguiremos adelante hasta encontrarlo.

—Pronto vamos á saberlo, contestó Morales: estamos tan cerca que comienzan á verse las casas.

En efecto, diez minutos después, á eso de las seis de la mañana, resonaban ya las herraduras de sus caballos en las calles de la ciudad, que permanecía tan silenciosa como si hubiera sido abandonada de sus habitantes. Solamente al encontrarse ya cerca de la plaza empezaron á ver soldados y oficiales, estos últimos en lo general vestidos de paisanos, conociéndose su caracter militar solo por las pistolas y espadas que les pendían de la cintura.

—Parece un camposanto mas bien que un cuartel general, dijo Ramón al oído de Ernesto.

—Las tropas regulares han de estar fuera de la ciudad, le contestó Dominguez en el mismo tono.

Morales les indicó posada donde podían aguardarlo, mientras él iba á hacer entrega de la gente que llevaba y á dar cuenta de sus comisiones, y les dijo al despedirse:

—Creo que antes de una hora estaré con ustedes para darles noticias.

Efectivamente, apenas habían tenido tiempo los jóvenes de desensillar sus caballos en el meson, de arreglarse un poco en sus personas con la poca ropa que llevaban en sus maletas y de dar un vistazo por las calles inmediatas, cuando se les incorporó Morales diciéndoles con su jovialidad acostumbrada:

—Ya está listo nuestro desayuno en aquella fonda inmediata: allí de sobremesa les referiré todas las novedades.

Salieron, y como la fonda estaba á dos pasos, llegaron pronto y se instalaron en torno de una mesa que fué cubierta luego de tazas de espumoso chocolate oaxaqueño, birotos, vasos de leche, huevos fritos, etc., etc.

—Es un desayuno de príncipes, murmuró Ramon

—Hay que observar la regla, contestó Morales: el soldado debe tener una comida y un sueño adelantados.

—Ahora vamos á las novedades, dijo Ernesto.

—El chato Diaz anda en campaña: acaba de solemnizarse el triunfo que alcanzó sobre una importante sección del enemigo al cual ha venido pastoreando hasta Etna. Allí se encuentran los franceses en número de seis mil hombres al mando de un tal Courtois d'Hurbal, quien con una tercera expedición ha sustituido al general Brincourt que nada pudo hacer desde Agosto del año pasado con un cuerpo de ejército de siete mil hombres.

—Pues qué, ¿han sido derrotados por aquí los franceses?

—Ya lo creo: en Tecomavaca les dieron una buena zurra: allí fué donde Carbó les atacó la retaguardia

quemándoles cuarenta carros de parque y víveres y quitándoles cuatrocientas mulas.

—¡Magnífico!

—Pero ahora nos echan para acá toda la gente, porque fuera de esos siete mil hombres de Courtois d'Hurbal con los cuales permanece atrincherado, vienen otros ocho ó nueve mil con el mismo Mariscal á la cabeza.....

—¿Con Bazaine en persona?

—Sí, y por otro lado viene también el general Jeaningros.....

—¿Por qué lado?

—Por Huajuapam, y este no trae menos de tres mil hombres.

—¿De modo que todo el ejército francés se nos echa encima?

—Sí, señores: vienen el mariscal Bazaine, siete generales y quien sabe cuantos coroneles; por lo menos son unos diez y ocho mil hombres de tropas francesas, sin contar con algunos cientos de traidores que les sirven de guías y..... también de carnaza.

—¿Y no se dice qué es lo que piensa hacer el general Diaz para conjurar semejante tormenta?

—El general en jefe llega esta tarde para arreglar la defensa de la plaza. Las fortificaciones van á reformarse ó modificarse, van á acopiarse víveres y á reunirse cosa de unos cuatro mil hombres de buena tropa y unos tres ó cuatro mil de reclutas, que pueden defenderse bien detrás de las trincheras. ¿Qué tal?

—Plaza sitiada, plaza tomada, dijo Romón.

—En efecto, agregó Dominguez, á mí me agrada-

ría más que se abandonara la ciudad y que se diseminaran todas las fuerzas que hay sobre las armas en partidas de á dos ó trescientos hombres, convirtiéndoles á los franceses una campaña que pueden concluir en dos meses en una guerra interminable.

—Yo no tengo capacidad para dar un parecer acertado, dijo Morales que se sentía de antemano sometido al prestigio de sus jefes; pero altas razones de conveniencia pueden haber influido en la determinación de defender la plaza.

—Debemos suponerlos cuáles son, contestó Ernesto.

—¿Cuáles?

—Mantener la moralidad de un ejército que está ya formado y que ha adquirido algunos triunfos; dar tiempo á que los republicanos se organicen por otros puntos mientras se tienen entretenidas en el asedio á la mayor parte de las tropas francesas, y también la esperanza, si no de conseguir alguna ventaja sobre ellas, al menos la de obligarlas á retirarse si no pueden en poco tiempo vencer las dificultades que se les opongan.

—Tal vez.

—Es seguro. El general Diaz no va á encerrarse aquí sin tener un plan que considera bueno y que quizás le dará los resultados que apetece. O espera que le vengán auxilios de alguna parte ó cree poder hacer que aquí se debiliten completamente los elementos del enemigo.

—Nada de eso nos importa á nosotros, exclamó Ramón con entusiasmo. Aquí se va á pelear con los franceses y aquí pelearemos.

—Es cierto, concluyó manifestando Ernesto, y en una plaza que se defiende hay sitio para los hombres de buena voluntad, de modo que siempre se nos ocupará aunque sea en hacer fuego por las trincheras.

Apenas acababa de decir esto el comandante, cuando se oyeron los clarines de una tropa de caballería que se asomaba por la esquina y que no era mas que la descubierta de una columna como de mil hombres que atravesó por la boca-calle para ir á tomar cuarteles.

—Parece que es la brigada de Sinaloa que viene mandando Angulo, dijo Morales. Ahora vamos á la plaza para presentarlos á ustedes con mis jefes.

—Desde esa hora, las nueve de la mañana, comenzó á notarse el mayor movimiento en la ciudad. Unas tropas entraban y otras salían y diversas personas á caballo recorrían las calles en todos sentidos dictando disposiciones para fortificar la ciudad, según pudieron observar nuestros jóvenes desde el punto que ocuparon que fué la esquina de la catedral. A eso de las doce del día entró el general en jefe con sus ayudantes y una escolta respetable.

—Aquel es el general Diaz, dijo Morales conociendo desde lejos el caballo que montaba.

No se apeó luego, sino que acompañado de algunos jefes y de otros vestidos de paisanos que tal vez eran ingenieros, anduvo también recorriendo la población y dictando al parecer diversas órdenes con la matemática precisión á que todos estaban acostumbrados.

Hasta la noche pudieron ser introducidos nuestros oficiales á la casa del general en jefe, quien los reci-

bió no solo con su acostumbrada bondad, sino con grandes muestras de agrado.

—Casualmente, les dijo después de haber oído la breve relación que hicieron de sus aventuras, ó mejor expresado, de sus desventuras, casualmente llegan ustedes en momentos en que más útiles pueden ser sus servicios á la República: van ustedes á salir de la plaza para llevar instrucciones mías á mi hermano Félix que opera á unas cuantas leguas. Ustedes lo buscarán y le entregarán en mano propia un pliego que voy á darles. Los escoltará el mismo capitán Morales que les ha traído y que conoce bien el terreno.

Ambos jóvenes se miraron con sorpresa.

—Nosotros deseábamos encontrarnos en los combates á las inmediatas órdenes de usted, mi general.

—Después tendremos tiempo: ahora esta comisión que les doy es la que tiene más urgencia.

¿Cuál había sido el pensamiento del general? Uno muy noble y muy generoso: estos jóvenes, se dijo, acaban de volver de su destierro: es necesario salvarlos de que caigan otra vez prisioneros, como probablemente tendrá que suceder si se quedan en la plaza.

—Señor general, disponga usted como guste de nosotros, contestó Ernesto con entereza procurando que no conociese aquel que se sentía vivamente contrariado.

—Como no quiero tener aquí más caballería que mi escolta y alguna fuerza de exploradores que sea indispensable, llevarán ustedes como unos cien hombres que sobran aquí completamente y que mucho más van á servir incorporados á las fuerzas que operan fueran de la plaza. A las cuatro de la mañana

vendrán ustedes á recoger aquí los pliegos y las instrucciones.

—¿A las cuatro de la mañana?

—Sí, á esas horas estaré ya levantado porque estamos en los momentos en que no debe uno dormir mucho.

Esto lo decía sonriendo á la vez que les tendía la mano en señal de despedida.

A la hora fijada estuvieron los tres oficiales en el alojamiento del general que ya estaba de pié trabajando: los pliegos se redujeron á una carta pequeña y las instrucciones á ciertas generalidades sin importancia, una vez que lo que se proponía era salvarlos de que por segunda vez cayeran en poder de los franceses y les tocara sufrir muy serias consecuencias cuando apenas acababan de llegar de un confinamiento que había sido burlado.

—¿No les parece muy original lo que nos pasa? les preguntó Ernesto á sus amigos cuando ya habían salido de la población y los conducía Morales por senderos en que según sus conocimientos, no habían de tener un mal encuentro con el enemigo.

—Muy original, muy original, le contestó Ramón, pues seguramente habríamos servido mucho mejor detrás de las trincheras. Yo soñaba con la gloria de despachar un par de metrallazos á los señores franceses.

—El general sabe lo que hace, les dijo Morales que no le gustaba discutir las disposiciones de su superior.

Ahora ya sabemos, según las historias, lo que pasó en Oaxaca. Se acercó Bazaine con un numeroso ejér-

cito y cuarenta piezas de artillería de sitio, que cortó el agua, que ocupó con toda calma las posiciones que le parecieron convenientes, que avanzó por medio de trabajos de zapa hasta poder dar el asalto, porque los sitiados carecían de moral, de parque, de víveres, y de dinero, y que en los momentos en que tenía listas sus columnas de ataque, después de haber abierto las brechas necesarias, se le presentó el general Díaz en persona en su tienda tendiéndole su espada por la empuñadura..... lo cual fué tanto una sorpresa como una decepción.

—¿Rinde usted la plaza sin condiciones, general Díaz?

—No pongo ningunas, general Bazaine.

Y cuando llegó la noticia no muy inesperada de la rendición de la plaza de Oaxaca exhausta de toda clase de elementos de combate al campo en donde se encontraban las fuerzas de Félix Díaz, Ernesto les dijo á sus compañeros Ramón y Morales:

—¿Se han fijado ustedes? Trescientos oficiales prisioneros.

—Entre los cuales debíamos encontrarnos nosotros, murmuró Ramón.

—Pues esa ha de haber sido la idea del general, exclamó Morales dándose una palmada en la frente, que no cayeran ustedes apenas llegados.

